

En 1975, el semanario *Siete Días Ilustrados* publicó las bases de su Primer Certamen Latinoamericano de Cuentos Policiales. Se presentaron 945 textos y los encargados de evaluarlos fueron Jorge Luis Borges, Marco Denevi y Augusto Roa Bastos. El jurado premió a cinco cuentos y dos meses después se publicó *Misterio 5*, un libro que contenía los cuentos seleccionados. Ellos eran “Lastenia”, de Eduardo Mignona, “La loca y el relato del crimen”, de Ricardo Piglia, “El tercero excluido”, de Juan Fló, “Los reyunos”, de Antonio Di Benedetto, y “Orden jerárquico”, de Eduardo Goligorsky. La cantidad de participantes, el renombre de los integrantes del jurado, sumados a la popularidad de la publicación que había organizado el certamen –Jorge Lafforgue y Jorge Rivera dicen en su libro *Asesinos de papel*, que la tirada de *Siete Días Ilustrados* era de aproximadamente cien mil ejemplares (Lafforgue, Rivera, 1996: 37)- permiten corroborar sin dificultad la preeminencia del relato negro dentro del género policial en la Argentina de la década del setenta. No se trataba de una excepción, sino que dicho género era abordado por una considerable cantidad de escritores y gozaba de una activa recepción de parte de los lectores.

Poco tiempo después, en marzo de 1976, se produjo en el país el golpe militar. La narrativa argentina se vio influenciada por el hecho y trató de encontrar recursos para evadirlo: “Eludir el nombre propio, apelar al sobreentendido metafórico o publicar en el extranjero constituyen entonces estrategias que trascendiendo las meras elecciones personales, se inscriben en un contexto social signado por el miedo y la represión” (Lafforgue, Rivera, 1996: 30).

En este contexto se publica el libro de cuentos *El traidor venerado* (1978), de Héctor Tizón (1929-2012), quien se encontraba en aquel momento exiliado en España. El escritor ya había comenzado su carrera literaria años atrás, a principios de la década del sesenta, con un volumen de relatos titulado *A un costado de los rieles* (1960). Posteriormente publicaría *Fuego en Casabindo* (1969), su primera novela, *El jactancioso y la bella* (1972), y *Sota de bastos, caballo de espadas* (1975), entre otros.

El traidor venerado es un libro que reúne trece cuentos de características disímiles, no agrupables bajo una misma temática o un género que los abarque. De ellos, nos centraremos principalmente en el análisis de “El que vino de la lluvia”, por ser un cuento

que responde a las características fundamentales del policial negro¹. Asimismo, al haber otros relatos dentro de la publicación que pueden vincularse más o menos directamente con dicho género, también serán comparados y puestos en relación, tal es el caso de los cuentos “El traidor venerado”, “El ladrón” y “Regreso”.

El eje para abordar el estudio de “El que vino de la lluvia” es la precariedad de la ley. Ésta se da en, al menos, tres niveles diferentes: en primer lugar, vinculada al espacio rural; en segundo lugar, puesta en discusión, debatida o cuestionada por los personajes del cuento, quienes reflexionan acerca de su alcance o de su influencia, así como de sus convenciones; y, finalmente, en relación al contexto histórico-político argentino de aquel momento, con el poder en manos de los militares y los poderes ejecutivo, legislativo y judicial suspendidos.

“El que vino de la lluvia” comienza con un encuentro fortuito en la ruta, en una noche lluviosa, entre un juez retirado (Álvarez) y el Rana, un chileno al que ese mismo juez había absuelto erróneamente en una causa por homicidio quince años atrás. La historia que cuenta el Rana en un primer momento es falsa: regresaba él a su casa en el monte cuando sorprendió a su mujer con otro hombre. Decidió matarla, pero el otro (un forastero) logró escapar. El chileno fue a la policía y confesó su crimen. Como la única prueba era su confesión, no había más elementos ni evidencias suficientes para juzgarlo. Es liberado por la justicia al hallarlo inocente, sin embargo, al reencontrarse con el juez, le confiesa la historia verdadera: no sólo mató a la mujer, sino también al hombre. A él lo enterró a dos metros del suelo, cerca del río, para que nadie buscara por allí ni se sorprendiera de ver piedras y tierra removida. El chileno se practicó un tajo en el estómago, que simulaba ser una cuchillada del forastero. Este detalle, en el que el médico y el juez habían reparado pero sin sospechar una simulación sino una auténtica herida, resulta clave para la resolución del enigma. El otro, el forastero, era manco de su brazo derecho, en tanto que el Rana era zurdo, y el tajo iba de izquierda a derecha, lo cual indicaba que era imposible que su supuesto oponente lo hubiese herido en esa dirección.

“El que vino de la lluvia” transcurre en una pequeña ciudad de la provincia de Jujuy (en el cuento se hace mención al río Lavayén, dato geográfico que resulta central para conocer la localización de las acciones), que sin embargo está más cerca de lo rural que de lo

¹ El cuento fue incluido años más tarde por Ricardo Piglia en su compilación *Las fieras. Antología del relato policial en la Argentina*. Buenos Aires, Alfaguara, 1999.

urbano. La zona que delimitan y en la que se desarrollan los cuentos de *El traidor venerado* es una zona periférica, alejada del centro, si por centro se toma a la ciudad de Buenos Aires. En este cuento en particular, una afirmación del narrador resulta significativa: “en estas provincias, en que sólo delinque el pobre, los crímenes no suelen ser interesantes” (Tizón, 1999: 124). El pronombre “estas” puede leerse como un pronombre demostrativo, en cuyo caso estaría señalando un conjunto de provincias, pero podría funcionar a su vez a modo de deíctico, al indicar que quien cuenta la historia pertenece a ese espacio, habita en él. La frase, rica en significados, postula el aburrimiento de los casos policiales de provincia, en los que nada parece salirse de la norma, nada atrae la atención. Al mismo tiempo, el narrador establece en su sentencia una valoración implícita, ya que al decir que los crímenes no suelen ser interesantes “en estas provincias”, está sugiriendo mediante una implicatura que, por defecto, en otras provincias sí lo son. Hay allí una jerarquía, la elíptica demarcación de un territorio en donde los crímenes merecen ser contados y otro, por el contrario, en el que pueden obviarse, dado su escaso valor. La ubicación geográfica conlleva entonces una valoración, supone un interés o la falta de él.

El cuento de Tizón propone una ley marcada por la precariedad, por lo endeble, en tanto puede ser violada o burlada, es pasible de ser infringida. En este sentido, el espacio en donde la historia se desarrolla influye de un modo significativo ya que contribuye a dicha precariedad.